



Voces y expresiones viciosas

Ocupar

ESTE verbo, como tantos otros ya estudiados o pendientes de estudio, suele recibir mal trato de los escritores y periodistas actuales. Y todo porque no prestamos a los clásicos la menor atención. Si se la prestáramos veríamos que el régimen del verbo ocupar no admite la preposición *de* más que cuando esta voz se refiere a una ocupación física o figurada, es decir, en sentido moral. Estaba ocupada la sala de hombres, la vasija de leche, el hórreo de grano; de aceite la zafra, de fragancias el aire, de afectos el corazón. Todo esto es correctísimo, pero, en cambio, no es lícito decir, como *El Solitario*: «Cual era el asunto *de* que se trataba y nos ocupábamos» (*Escenas Andaluzas*). ¡Con lo fácil que hubiera sido suprimir el último verbo y matar de un solo tiro dos pájaros: ser correcto y evitar un pleonismo o redundancia! Ni como el Doctor Thebussem: «...solían ocuparse los parlamentarios españoles *de* asuntos más humildes y caseros». (*La mesa moderna*). Ni como D. Pedro José Pidal: «Pero *de* los escritos, errores y doctrinas de Juan de Valdés tal vez nos ocuparemos en otro artículo». (*Estudios literarios*).

Para no prolijearnos demasiado acumulando testimonios variadísimos de tan reprensible locución, omitimos mil ejemplos de ella que nos ofrecen Valera, Manuel de la Revilla, nuestro paisano Donoso Cortés, Patricio de la Escosura, Gil y Zárate, Rivas, Coloma, etc., amén de toda la caterva de zarramplines y chiquilicuatos, que sin maniotas ni ataderos de clase alguna, invaden el ámbito de la letra impresa.

Disculpe el lector, en razón a la sana intención que nos mueve, estas gotitas de ácido prúsico, tan en desacuerdo con el título de estos paliques.

Y es que a la invasión napoleónica y a aquello de que el África empieza en los Pirineos, hemos correspondido nosotros, tristes imitadores de lo ajeno, bebiéndoles el aliento, apropiándonos de las doctrinas de Bergson, copiando a Mallarmé o adoptando, pégue o no al genio de nuestra lengua, regímenes y construcciones gramaticales que maldita la falta que nos hacen. Pues ese ocuparse *de* los libros de Mengano, *de* las poesías de Perencejo y *de* los cuadros de Zutano, no es más que una copia o remedo vil del *s'occuper*, de los franceses que admite las dos preposiciones *a* y *de*.

Creedme.

Peor que horrible sequía

es, señores, sin porfía
una mala compañía

Muchos son los estragos que produce la falta de agua. Los campos sedientos, las calles sucias, el fluido eléctrico restringido y las enfermedades a granel. Pues no es menor el daño de una mala compañía. El vicio *desplaza* a la virtud; *sendos* errores se apoderan de nuestra mente; no nos *apercibimos* de los buenos ejemplos que puedan ofrecerse a nuestros ojos; el corazón, *pleno* de torpes afectos, acaba siendo un pudridero; pasamos todos los días el *dintel* del pecado; somos la terrible pesadilla de nuestros *familiares* que luchan denodadamente por apartarnos del mal; y acabamos sepultados por la *avalancha* de nuestros propios desatinos.

Y tras esta letanía que cada quisque deberá considerar despacio, si hay en su corazón un buen deseo de enmienda, de apartarse de los malos ejemplos—más dañinos que la peste y que todas las plagas de Egipto—observemos que el verbo ocupar admite las partículas *con*, *contra* y *en*, como vamos a ver después. ¡Pero ojo, mucho ojo, con la galiparla, que une a dichas preposiciones *a* y *de*, y con aquellos otros eclécticos o contemporizadores, que creen haber resuelto el caso escribiendo así: «Me ocuparé hoy en el último libro de Fulano, cuyas singularidades más notables vamos a comentar».

¡Pues y cuando algún forajido de la letra de molde dice: «Me ocupo día y noche *de* poner en claro aquellas oscuras *elucubraciones*», que es tanto como ir de zoca en colodra, de Herodes a Pilatos; salir de Málaga y entrar en Malagón!

Se ocupa un castillo, una ciudad, un reino; se ocupan los cargos, desde el elevadísimo de Jefe del Estado al más modesto y ramplón de cualquier covachuela oficial; se ocupa la casa, ya sea un palacio, ya un tabuco o chiribitil; y se ocupa uno en este o aquel menester. Mas si pretendemos fijar la atención en una cosa, para considerarla, juzgarla, etc., huyamos como gato escaldado del agua fría, de la partícula *de*, pues difícilmente toparemos con tal locución, gálica por los cuatro costados, en nuestras lecturas de clásicos (1).

Y ahora, que el lector aficionado a estos entretenimientos lingüísticos, deduzca de los ejemplos siguientes, el buen uso del verbo ocupar.

«...lo cual todo se hacía para que la novia supiese en qué se había de ocupar en casa de su marido». Juan Luis Vives. (*Instrucción de la mujer cristiana*).

«Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer». (*El Lazarillo de Tormes*).

«...y aquellas en la guerra gentes fieras—ocupadas están en su defensa»... Fernando de Herrera (*Por la victoria de Lepanto*).

(1) El Padre Mir cita los dos versos atribuidos a Góngora: «Que de estos almidonados—no se ocupe el alma vuestra», pero duda de que sean del gran poeta cordobés. La Biblioteca Rivadeneira, los publica como de Góngora, pero el Romancero general los da como anónimos.

«Ocuparon del piélagó los senos» (Ibidem).

«¡Oh, cuán ocioso está mi pensamiento! — cuando se ocupa en bien de cosa mía». Garcilaso de la Vega.

«La diversidad de los oficios en que se ocupa tiene diversos nombres». Fray Juan de los Angeles. (*Conquista del Reino de Dios*).

«No se ocupa en pensar o tratar de Dios». (Ibidem).

«...en los cuales la razón se ocupa demasiado con las cosas exteriores». Fray Juan de los Angeles. (*Manual de vida perfecta*).

«Parecía que solo se ocupaba en servirlos». Cervantes. (*El licenciado Vidriera*).

«...y más si la queréis ocupar en vuestro servicio». Cervantes. (*Don Quijote de la Mancha*).

«Mi madre tornó a ocuparse en ensartar las muelas»... «en que me tiene ocupado Su Majestad». Quevedo. (*El gran tacaño*).

«Con que dió por bien empleado el tiempo que se ocupó en escribir las». Castillo Solórzano. (*La Niña de los embustes*).

«Ocupóse Dios (digámoslo así) en fabricar el mundo seis días». Juan de Zabaleta (*El día de Fiesta*).

«Ocuparse contra un solo vicio y poner allí su principal cuidado». Rodríguez (*Ejercicio*).

«Era tanto el número de aves, y se ponía tanto cuidado en su conservación, que se ocupaban en este ministerio más de trescientos hombres». Antonio Solís. (*Historia de la conquista de Méjico*).

«Los primeros días se ocuparon en varios entretenimientos». (Ibidem).

«...sin ocuparnos en leer mis declaraciones»... Juan de Valdés. (*Carta a Julia Gonzaga*).

«Cuando por un rasgo tan propio de su celo como de su sabiduría se ocupa en reformar de raíz esta preciosa parte de nuestra legislación». Jovellanos. (*Informe sobre la ley agraria*).

«Mil españolas de singular belleza se ocupaban en su delicia y servicio». José Cadalso. (*Cartas marruecas*).

«...un buen número de personajes codiciosamente ocupados en hojear libros...» Forner (*Exequias de la Lengua Castellana*).

«En esto se ocupaban las dos referidas deidades». Leandro Fernández de Moratín. (*La derrota de los pedantes*).

«...otros individuos de la peor calaña se ocupaban en desnudar a los muertos»... Galdós. (*Equipaje del rey José*).

Ocúpate con, contra, y en,

mas no te ocupes de y a

y al idioma de Cervantes

buen servicio prestarás.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

CORTINAS DE OLVIDO

No es nuevo este tema. Ya se ha hablado de él bastante. Tiene sonido de viejo y sin embargo puede ser que para muchos solo tenga vagas brisas de recuerdos. Ligeras brisas que se pierden en el ámbito indefinido del olvido.

Pero por aquello de que lo viejo suele ser buena levadura para lo nuevo, o a mejor decir, como la orientación se ha de encontrar en los principios inmutables, he aquí por qué vuelve a salir a primer plano este asunto.

Y helo aquí, traído a líneas, aunque sólo sea buscando la satisfacción de que otra vez rompa el letargo en que se sume. Un letargo triste. Sueño de siglos. Caricias duras del tiempo.

Quiero rasgar un velo gris, de seda cenicienta y bien tupida, que no deja ver la silueta gruesa de unos muros. De unos muros plomizos. Son los muros del Monasterio de la «Concepción». De aquel convento que en 1557 el Franciscano Pedro de Alcántara, fundará en la arboleada ladera que perfila la suave pendiente de la sierra. Se encuentra cerca de Pedroso de Acim y nada lejos de la carretera que conduce a Torrejoncillo.

Para el visitante, guarda la sorpresa de no mostrarse ante sus ojos, hasta no haber llegado muy cerca de sus paredes. Parece ser que el Monasterio, levantado en el abrupto sitio del Palancar, se esconde de la vida, del siglo y hasta de la realidad de las cosas, entre aquella frondosa vegetación para conservar sin litigio toda la huella y el perfume de santidad, que hombres atrás dejaron entre sus paredes, con el perfume místico de sus almas. El arbusto y la maleza es como una enorme marquesina que guardara dentro de sí, uno de los mejores tesoros de nuestra historia santa extremeña. Y el tiempo, ha sido buena llave para ir cerrando paulatinamente, cada vez más, su cerco hasta dejarlo reducido a la extensión—sin darnos cuenta—del olvido. Como si el olvido en verdad, tuviera derecho en aquel santo lugar, a algún espacio material donde encarnarse con toda exactitud. Y es absurdo, porque el espacio de los días, no cuenta en la Infinita Eternidad. Triste es reconocer que todo aquello trasciende a olvido. Hasta el silencio que se escapa de entre sus paredes, no es un silencio de compañía. Trae un algo de tristeza que habla de su abandono. Es un silencio sólo.

¡Qué gran enseñanza tiene la «celda-Monasterio» del Franciscano Pedro de Alcántara! Todo allí es curioso. Lo que primero salta a la vista es su tamaño reducido. Imposible poder comprender que allí vivieran hombres. Claro está, que hay que elevarlos a los altares y puede ser que así nos sea más fácil comprenderlo.